

LA TEATRALIDAD BÁSICA DEL SENTIDO COMÚN CAPITALISTA Y LA DEL *ETHOS* BARROCO

Jorge Veraza Urtuzuástegui

El metabolismo social en el capitalismo se lleva a cabo mediante intercambios mercantiles; de suerte que la ocurrencia de estos, garantiza la satisfacción de las necesidades de cada uno de los compradores y los vendedores que en el mercado se interconectan; mientras que de no ocurrir estos intercambios y suscitarse la crisis de realización, la satisfacción de necesidades se frena, la crisis económica se expresa como crisis social bajo la forma de penuria, enfermedad, muerte y, luego, como efervescencia social, como protesta, rebeldía y, aún, revolución. En fin, debido a que la vida de cada uno depende del intercambio mercantil, la circulación de la mercancía y el dinero representan el evento cotidiano más significativo en las vidas de las personas —sépanlo o no— y que indudablemente depende la generación en el contexto social de cualquier otro significado: sexual, amatorio, político, cultural e, incluso, económico, tanto a nivel productivo como consumitivo, etcétera. Por eso es que la forma mercancía estructura al sentido común en la sociedad burguesa; porque de este objeto —y precisamente de su forma, de su forma de circular y, así, realizar sus determinaciones— depende la vida de cada ser humano en esta sociedad y, evidentemente, el sentido de su vida.

Pero entendamos que la circulación de mercancías en la sociedad burguesa involucra la presencia de dos tipos distintos de mercancías: la mercancía simple y la propiamente capitalista o mercancía compleja. Para el consumo individual, tanto de la clase obrera como de la clase burguesa o de cualquier otra clase social, funge la mercancía simple como el agente posibilitante de dicho consumo. El burgués compra en el mercado con un dinero que es la realización del plusvalor que explotó a sus obreros, compra sus medios de vida, lujos incluidos; mismos que se le presentan bajo la forma de una simple mercancía que él debe pagar equivalentemente. En forma análoga le sucede al obrero y a cualquier otro individuo social. La mercancía simple rige estos intercambios.

Pero, es indudable que la mayor parte de las mercancías que participan en los intercambios recién aludidos, son mercancías que contienen plusvalor, que han salido de las entrañas de algún proceso capitalista de producción perteneciente al sector II de la economía, el productor de medios de consumo. De suerte que para el consumidor esa mercancía capitalista aparece como mercancía simple; mientras que para el vendedor, es una mercancía que contiene plusvalor y que debe arrojarlo en sus manos bajos la forma de dinero. Es una mercancía que pertenece a un ciclo distinto de circulación. No a la circulación simple de mercancías que interconecta a todos los individuos como consumidores con la riqueza social. Sino a la circulación específicamente capitalista que conecta al capital con la sociedad, incluidos los múltiples capitalistas singulares a los que les compra y les vende insumos para sus respectivos procesos de producción, incluido el propio.

En síntesis, no solamente existen y se entrelazan dos tipos distintos de circulación: la mercantil simple y la mercantil capitalista; sino que en el curso de la mercantil simple se incluye la mercantil capitalista y una misma mercancía es para el comprador simple y para el vendedor mercancía capitalista; y dos actitudes distintas confluyen en el mismo acto de intercambio de acuerdo a los significados económicos encerrados en cada una

de ambas mercancía y ciclos de circulación. La actitud de justicia y equidad correspondiente al pago equivalente en dinero de la mercancía simple le corresponde al comprador consumidor; mientras que la actitud ambiciosa, ávida y abusiva del que quiere lucrar lo más posible en el intercambio le corresponde al vendedor productor capitalista, así como a sus diversos mediadores tanto comerciales como bancarios, etcétera.

Por esos es que el sentido común capitalista se estructura dualmente tanto por la mercancía simple como por la mercancía capitalista; esto es, tanto por la mercancía en que se contradicen el valor y el valor de uso, como por aquella otra —la mercancía capitalista— en la que además de contradecirse estos tanto el valor como el valor de uso se contradicen con el plusvalor contenido en ella. Sea que por contenerlo no se realice el valor ni el plusvalor contenido en la mercancía, sea porque el valor y el valor de uso se realicen porque logra realizarse el plusvalor; lo que implica que es prioritaria la realización del plusvalor por sobre la del valor y la del valor de uso, así que continuamente, los presiona y arrincona y deforma. En el sentido de que por extraer el mayor contenido de plusvalor, el capitalista tenderá a hacer disminuir los costos de producción (el capital constante y el capital variable) pero pronto pasará a distorsionar el contenido cualitativo del valor de uso de la mercancía en vista de propiciar una mayor y una mejor realización del contenido de plusvalor de la misma (Subsunción real del consumo bajo el capital).

La novela *Justine o los infortunios de la virtud* del Marqués de Sade¹ retrata, precisamente, las contradicciones entre la mercancía simple y la mercancía capitalista que estructuran al sentido común capitalista. Pues, recuérdese, que nos presenta en escena a una deliciosa jovencita Justine, virtuosa y justa que intenta relacionarse con el mundo virtuosa y justamente; pero lo que encuentra de continuo son personas que se aprovechan de ella, que pisotean la virtud y la justicia y cuya única ley es la del incremento de su placer —para nosotros metáfora del lucro capitalista— o, como dice en síntesis el propio Sade, Justine se encuentra continuamente con: “libertinos lo bastante depravados para sacrificar todo al placer de eyacular su leche con un poco más de ardor”. Y es que en la sociedad capitalista, la circulación mercantil simple pone en la escena social la regla de equivalencia, pero la circulación mercantil capitalista impone sistemáticamente la transgresión de dicha regla. Fenómeno peculiar que Marx ha expresado y explicado en el título del parágrafo primero “Proceso de producción capitalista en una escala ampliada. Trastocamiento de las leyes de propiedad correspondientes” del capítulo XXII del tomo I de *El capital*: “Transformación del dinero en capital”; y en este capítulo explica cómo se contradicen continuamente las dos leyes de circulación, la mercantil simple equivalente y la ley de apropiación de trabajo ajeno sin entrega de trabajo propio. En el ámbito social y moral, la novela de Sade expone *ad nauseam* la contradicción continua de la vida cotidiana de la modernidad y, por si fuera poco, la abunda enciclopédicamente en las 742 páginas de *La Nueva Justine*. El caso es que el sentido común capitalista incluye en su estructuración dicha contradicción, así que nunca se presenta tan ingenuo como Justine ni tan malvado y cínico como los libertinos que la agobian, pero no sólo se presenta ambiguo y mediocre, suspicaz y de mala fé sino que logra extremarse sea con furia hacia el abuso en el estilo de los libertinos y la plaga emocional tanto a nivel económico, político como cultural, como hacia una virtud justiciera y recta, de hondo impulso democrático que puede, incluso, devenir en revolucionaria.

#####

¹ D.A.F. Marqués de Sade; *Justine o los infortunios de la virtud*; Ed. Cátedra; Madrid, 2007

De manera normal, el sentido común no toca los dos extremos aludidos pero los intuye, teme o a veces aspira a ellos. Por eso es que involucra continuamente la regla de equidad y justicia y su transgresión; y, luego, involucra una actitud frente a esta contradicción que acaba de ocurrir, esto es, en la que acaba de incurrir. La mayor de las veces la contradicción le pasa inadvertida pero, en muchas ocasiones, la percibe. Y la asume con cinismo o con hipocresía, auténticamente culpable o falsamente avergonzado, etcétera pero, siempre, debe justificarse o aparentar que se niega a hacerlo, siempre debe teatralizar ante el otro; y el otro, si en este caso resulta ser auténtico, al dar la vuelta e iniciar otra interacción con el mismo individuo o con otro, ahora es él quien deberá teatralizar. La teatralización es, pues, inherente al carácter doblemente contradictorio de la estructura del sentido común capitalista (contradicción mercancía 1 y contradicción mercancía 2; contradicción valor/valor de uso y contradicción del valor y del valor de uso con el plusvalor). La teatralización es, pues, precisamente, la **neutralización continua y activa** de dicha doble contradicción. La forma en que la doble contradicción de la mercancía simple y la mercancía capitalista se neutraliza o, tiene —como diría Marx²— libre juego.

Todo lo dicho es propio del sentido común capitalista en general, la teatralidad lo constituye. Pero hete allí que —como ha demostrado brillantemente Bolívar Echeverría³— la modernidad capitalista no presenta un comportamiento homogéneo en su transcurso histórico y geográfico sino que muestra cuatro grandes tipos de comportamiento, los que comúnmente en la escena social se combinan. Bolívar Echeverría utiliza una palabra griega para designar a este comportamiento fundamental, la palabra *ethos*; cuyo plural es *ethe*, los cuatro *ethe* o comportamientos propios de la modernidad capitalista. Que son, si se me permite, cuatro formas en que necesariamente se articula, según los casos, el sentido común capitalista. O, en otros términos, ninguno de estos *ethe* puede operar sino con el material básico que le suministra el sentido común capitalista en general. Pero cada uno de estos *ethe* exalta uno de los aspectos del sentido común y minimiza a otros, a fin de encontrar el modo adecuado para la coyuntura y situación determinada del caso. Veamos el caso del *ethos* barroco.

El *ethos* barroco es la realización de una de las dimensiones del sentido común capitalista: su teatralidad y fingimiento fundamentales en gracia a la doble contradicción que lo constituye, la de la mercancía simple con la mercancía capitalista (M/M') y la del valor con el valor de uso (V/Vu). Pues aquella transgrede de continuo a la equivalencia de la mercancía simple basada en la contradicción V/Vu; así que de continuo hay que aparentar lo contrario, fingir indiferencia o el no darse cuenta o sorprenderse; o bien, verse empujado de plano al cinismo. Por eso es que la hipocresía y el cinismo se nos presentan como polos necesarios en que la escena social se escinde y articula. De ahí que sean también los polos de la dialéctica de la personalidad de cada individuo. Y, en fin, son los polos de la psicología social capitalistamente determinada. Una psicología

#####

² “Vimos ya que el proceso en que se intercambian las mercancías implica relaciones contradictorias, recíprocamente excluyentes. El desarrollo de la mercancía no suprime esas contradicciones, mas engendra la forma en que pueden moverse. Es éste, en general, el método por el cual se resuelven las contradicciones reales. Constituye una contradicción, por ejemplo, que un cuerpo caiga constantemente sobre otro y que con igual constancia se distancie del mismo. La elipsis es una de las formas de movimiento en que esta contradicción se realiza y al mismo tiempo se resuelve.” (Karl Marx; *El capital. Crítica de la economía política*; Ed. Siglo XXI; México, 1975. Tomo I, vol. 1. Capítulo III “El dinero o la circulación de mercancías”).

³ Cfr. Bolívar Echeverría; *Vuelta de siglo*; Ed. Era; México, 2006.

social necesariamente polarizada. Pues bien, según decimos, el *ethos* barroco se monta sobre este aspecto y lo realiza unilateralmente. Ciertamente, el *ethos* barroco no inventa la teatralidad como podría creerse sino que la retoma del sentido común capitalista en general y la sesga y exagera, a costa de devaluar otras de las dimensiones de dicho sentido común.

Mientras que el *ethos* realista toma en cuenta dicha teatralidad básica pero pretende suprimirla por la vía de la identificación con la mercancía capitalista (como si mercancía simple y actitud justa fuera lo mismo que mercancía capitalista y ambición lucrativista, la justa ambición que todos debemos tener). Por su parte, el *ethos* clasicista suprime la teatralidad con la franqueza de que trágicamente la vida es así, esto es, no suprime sino que convalida pero dice que eso es lo real pues no puede ser de ningún otro modo: hay que fingir y contradecirse. Y esto no es fingimiento. El *ethos* romántico pretende alejarse de la teatralidad: , del cinismo y de la hipocresía, recurriendo a la autenticidad (recordar a Heidegger con su “jerga de la autenticidad”⁴) sin salirse de ese mundo capitalista. Es decir, yo actué porque soy así y quiero actuar de acuerdo al ser por eso lo indago, y en verdad te amo hasta la muerte aunque parezca lo contrario y aún lo sea... pero en el fondo de mi corazón... De ahí el gusto romántico por lo inefable que una y otra vez habrá de recurrir a los puntos suspensivos para expresarse.

Finalmente volvemos al *ethos* barroco. El cual afirma la teatralidad en cuanto tal; precisamente porque la sabe irrebasable. Como si ya hubiera ido y vuelto cuando el resto de *ethe* apenas van e intentan negar de alguna manera la teatralidad. Y afirma con ello, también, considerándola irrebasable, la contradicción V/Vu. Y si afirma al valor de uso como ciertamente lo hace, actúa así sólo porque, por descontado, lo afirma en medio del valor y de la muerte, sólo allí es auténtico. E, incluso, sugiere que sólo allí el valor de uso es auténtico; mientras que por sí mismo no lo es. Como si sólo teatralizando, dramatizando al enfrentarse con aquello que lo contradice a muerte, el valor de uso realizara todas sus potencialidades. De suerte que, por un rodeo, el *ethos* barroco se comunica con el romántico. Porque también parlotea una especie de jerga de la autenticidad; aunque, como se ve, más compleja y sofisticada.#

#

Cuautla, Morelos 10 de marzo de 2013.

#####

⁴ Cfr. el celebre ensayo de T. W. Adorno de este título: “La Jerga de la Autenticidad; en su: *La jerga de la autenticidad*; Ed. Akal; Madrid, 2005.